

Dibujos de Miguel Fisac durante la Guerra Civil (1936-1937)

Víctor Antonio Lafuente Sánchez

Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad de Valladolid

Abstract

When the Spanish Civil War breaks, Miguel Fisac decides to hide on the roof of his own home because of the lurking dangers. Its closure lasts more than one year, and he spent much of that time drawing whatever called his attention. In 1937, he was released, and he escaped through the Pyrenees, making another interesting collection of drawings.

Keywords: *Civil War. Architectural drawing. Miguel Fisac.*

En 1930, Miguel Fisac, un joven de diecisiete años nacido en Daimiel en el seno de una acomodada familia, viajaba a Madrid con el propósito de estudiar arquitectura en la Universidad Central. Cada año, Fisac se esforzaba por ir aprobando, poco a poco, y a veces infructuosamente, las asignaturas gráficas de unos estudios que le brindarían la entrada en la Escuela. En un principio eran escasas las dotes que Fisac mostraba para la expresión gráfica, como ejemplifica el hecho de que, ya en 1931, el regente de la Academia López Izquierdo, don Enrique, escribiera a su padre para informarle sobre la falta de especiales cualidades para el dibujo de figura del joven. Su tozudez continúa, pese al escepticismo que su propio padre mostraba, le hará continuar la carrera, esforzándose por dibujar, casi obsesivamente, todo cuanto veía y percibía. Poco después, la inicial preocupación de López Izquierdo se tornaría en una sorprendida felicitación, admirado por los evidentes progresos alcanzados.

Al término de su sexto año de estudios de Arquitectura, llegado el mes de junio, Fisac, como cada año, coge un tren para pasar las vacaciones estivales en su Daimiel natal. Estando allí estalla la Guerra Civil, que romperá la vida y el destino de toda una generación.

Al haber comenzado a realizar el servicio militar el verano anterior, Fisac fue requerido por las autoridades locales a personarse en Ciudad Real para acudir al frente junto a los de su quinta. Ante este requerimiento, un tío suyo, cura castrense, le aconsejó en una breve misiva que no se presentase. Efectivamente, todos los integrantes de su quinta, metidos en un tren de aciago destino, fueron detenidos y fusilados, ante el resto de viajeros, antes de llegar a Getafe.

Su incomparecencia a filas, y la gravedad de lo ocurrido a sus compañeros en Getafe, le colocan en una situación crítica. Es ése el momento en el que decide esconderse en el bajocubierta de su propia casa hasta que la situación se aclare, en un sentido u otro, en unos pocos días. Ayudado por una escalera de tijera, dada la altura del techo, y arrancando algunos trozos del valioso artesanado de la vivienda, se interna, a través de una pequeña abertura, en lo que él llamaría “el agujero”, llevando consigo como únicas provisiones un cántaro de agua, unos panes morenos, una vela y dos mantas. Aún allí corría un grave peligro de ser descubierto, pues las empleadas de servicio doméstico estaban afiliadas al Socorro Rojo, un servicio social internacional organizado por la Internacional Comunista.

Dibujando en forzoso escondite

Pocos alicientes tenía para el joven Fisac la vida que comienza, emparedado entre el artesanado y el tejado de la casa, privado de movimiento, e incluso de hacer cualquier ruido que pudiera delatarle. A pesar de ello, se organizó un plan horario que intentó seguir lo más fielmente posible durante la totalidad del terrible encierro. Tras despertarse, Miguel, hombre de profundas creencias religiosas, cogía el misal y rezaba la misa. Un poco más tarde, y a la tímida luz de una vela, se daba a la lectura. Otros ratos los pa-

saba totalmente a oscuras, revisando las rendijas por las que pudiera traspasar la luz, delatando al exterior su clandestina presencia en aquel espacio recóndito de su propia casa. Para evitarlo, se afanaba día tras día en tapar los agujeros que descubría con un papelito de fumar de los de seda. Finalmente, también ocupaba sus interminables horas de ocio dibujando a lápiz. Es ése el motivo de que entre sus dibujos de viaje, se conserven varios realizados en aquel bajo-cubierta.



Figura 01. Miguel Fisac. *El agujero*, 1937.

En abril de 1937 realizará una acuarela del espacio del bajocubierta (fig. 01), en la que se refleja perfectamente lo angosto y claustrofóbico de su escondite. Haciendo una perspectiva casi central muestra a la perfección, en un dibujo muy suelto y rápido, la configuración estructural del entramado de madera de la cubierta. Sobre un rápido encajado a lápiz, realiza un estudio del color y sus diferentes tonalidades en cada una de las superficies, fruto de una variable incidencia lumínica en el espacio, para la que demuestra una especial sensibilidad. Los sucesivos planos en los que se disponen las distintas cerchas, de configuración triangular, se ven acentuados por la presencia de la discreta luz, seguramente proveniente de una vela ubicada al lado del propio Fisac, que provoca sobre las distintas superficies, y especialmente en las tablillas de madera de la parte inmediatamente superior al autor, un cálido resplandor.

Para Fisac, la contemplación visual es el primer análisis de un objeto material, y éste debe realizarse en dos niveles. En primer lugar, en forma de observación generalizada, como un encuadre fotográfico, mirando todo el conjunto. En segundo lugar, a modo

de contemplación pormenorizada, enfocando nítida y rigurosamente, describiendo detenidamente las distintas partes y detalles de los objetos. De esta forma, Fisac se interesa mucho más por los medios estructurales, decorativos y ornamentales de la arquitectura, que limitan el espacio arquitectónico y lo configuran y modelan; solo así, según él, se puede realizar un acercamiento visual a lo no visible, al espacio que la propia arquitectura encierra.

Son todos estos dibujos el fruto de la obsesión de Fisac por reflejar de manera gráfica los ambientes en los que se hallaba, al igual que hará en toda su vida, a pesar de que nunca se le dio especialmente bien el dibujo, como él mismo reconoció. Ya en su época de estudiante, y como ya hemos dicho, tuvo que poner una gran fuerza de voluntad para aprobar lo que se pedía en la Escuela de Arquitectura para el ingreso. Y esa obsesión por dibujar todo cuanto observaba se mantuvo, según relató su viuda, Ana María Badell, hasta el fin de sus días. En sus últimos momentos, según sus palabras, simulando tener un lápiz carbón en su mano derecha, “levantaba el brazo como queriendo trazar el dibujo de una puerta inmensa, para poder abrirla y trasladarse de este lado al Otro.”

Precisamente, las manos serán un motivo recurrente en toda la obra gráfica y los apuntes del natural de Fisac, Despertaban en él un especial interés dado que, de todas las partes del cuerpo, son las manos las que tienen más escorzos. Sentía una gran admiración por el Greco, puesto que para él era el pintor que mejores manos había ejecutado en sus cuadros. En su encierro en el agujero, y ante la ausencia de modelos al natural, se vio obligado a jugar con sus dos manos, que llegó a copiar y plasmar en sus dibujos hasta en seis ocasiones, tres veces la mano izquierda, y otras tres la derecha. Son estudios en los que Fisac se preocupa claramente por la anatomía de la extremidad, e intenta reflejar su conformación volumétrica en variadas posiciones. Este estilo gráfico de Fisac, que en determinadas ocasiones adolece de una cierta dureza debido a su concepción demasiado geométrica y angulosa, disgustó a algunos profesores suyos en la Escuela, como fue el caso de Flórez. El dibujo de su mano derecha que realiza en febrero de 1937 (fig. 02) es de especial interés puesto que, teniendo ésta de modelo, y siendo Fisac diestro, hubo de ser realizado con la mano izquierda, lo cual suponía una dificultad añadida en el proceso.

El autor muestra una mano optimista, que mira hacia delante, e invita al espectador a estrecharla. Se aprecia en el dibujo, por estar realizado con la mano zurda, un trazo mucho más torpe, y cada línea conformadora y delimitadora de la silueta está realizada por múltiples fragmentos de líneas superpuestas. La incidencia de la luz y la conformación de los volúmenes se plasman con un entonado, típico del dibujo de Fisac, y consistente en un rayado continuo y muy suelto, en el que cada mancha está ejecutada sin levantar el lápiz del papel. En este caso, además, el trabajo volumétrico resultante del juego de luces y sombras aparece complementado por la inclusión de las líneas de expresión de la mano, superpuestas al propio entonado.

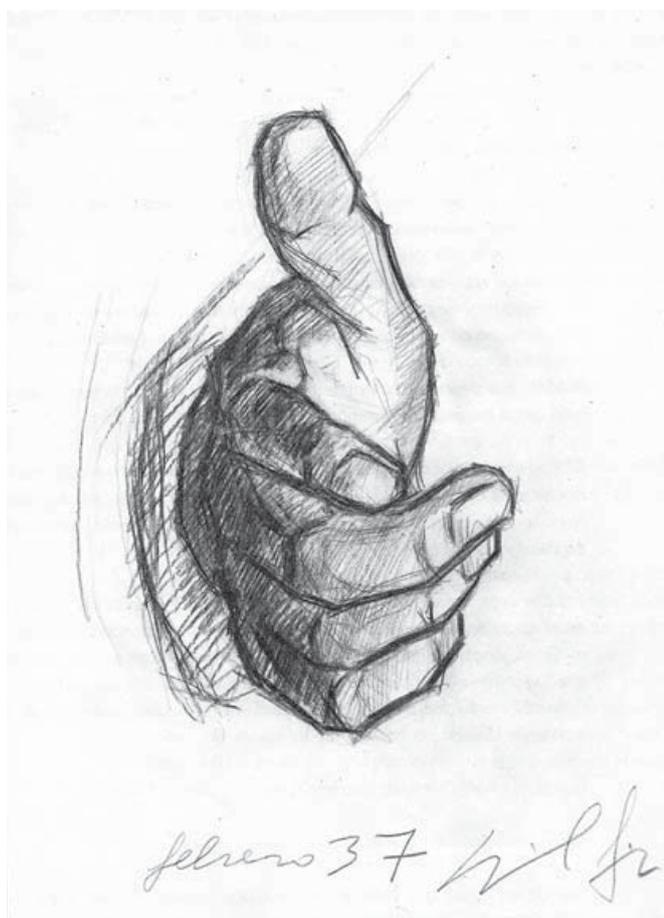


Figura 02. Miguel Fisac. *Mi mano derecha (III)*, 1937.

La vocación de provisionalidad que Fisac pretendía inicialmente para su obligado encierro, esperanzado de que su estado se aclarase en unos pocos días, se desvanecía progresivamente ante la complicación paulatina del conflicto armado y su extensión en el tiempo. Finalmente, su ocultamiento en aquel accidental e inhóspito refugio, se prolongaría durante

quince largos meses, hasta finales de octubre de 1937. Fisac recordaría siempre, a lo largo de su vida, el frío espantoso que pasó durante los meses de invierno, en los que contó con el solo abrigo de algunas mantas y la ayuda inestimable de algún trago que robó a una botella de coñac. También vendría a su mente el calor asfixiante y pegajoso, propio de las tierras de la Mancha, que padeció en los severos meses del verano.

Todas estas penalidades sufridas se unirían a su profunda y absoluta soledad, acentuada por el silencio y la oscuridad del sombrío desván. Sólo unos pequeños ratones le harían compañía a partir de cierto día en el que, al olor de las migas de pan sobrantes de una escasa comida, que consistía diariamente en un huevo duro con un pequeño mendrugo de pan duro, acudieron hacia él sin disimular su lógico interés. Estos ratoncillos, que en un principio se acercaron tímidamente ante la extraña presencia humana en un lugar tradicionalmente reservado a otros menesteres, se acabarían convirtiendo, ante la ausencia de toda reserva y repulsión mostradas por Fisac, en inseparables compañeros de su obligado encierro.

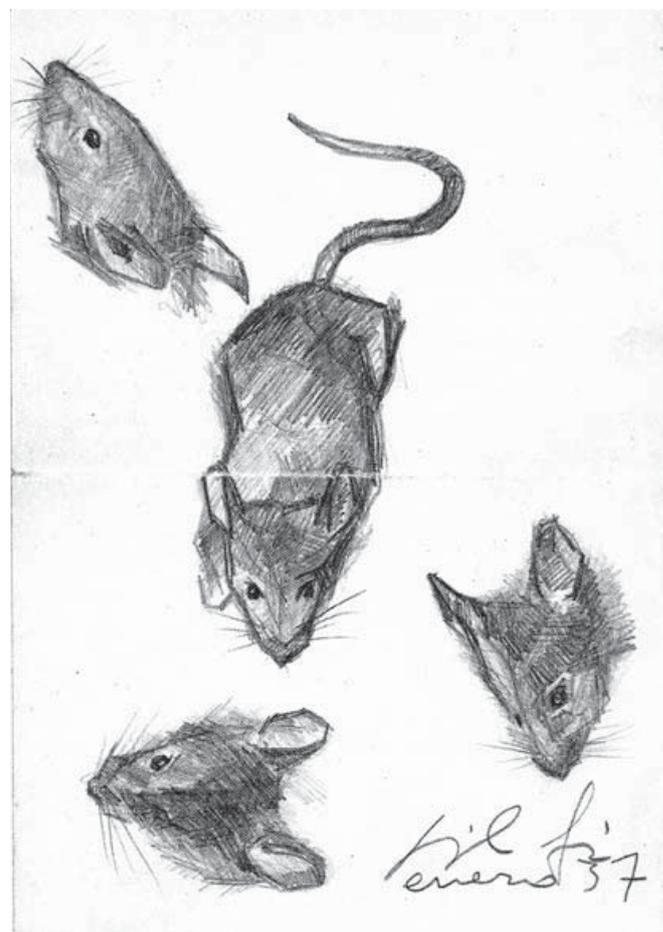


Figura 03. Miguel Fisac. *En el agujero; los ratones*, 1937.

Casi como agradecido tributo, en enero de 1937 dedicaría un dibujo rápido a los simpáticos roedores (fig. 03). A pesar de la evidente escasez de luz existente en el desván, que le impedía verlos hasta que se encontraban a menos de medio metro de él, Fisac desarrollará una relación muy estrecha con los animalillos. A la primera pareja de ratones se fueron sumando más, primero animados por la confianza que les demostró el joven extraño en su inicial recibimiento; más tarde, y ya carentes de toda suspicacia, haciendo gala de una familiaridad que les llevaba a pasear por encima de su cuerpo mientras éste estaba echado. Fue entonces cuando Fisac pudo tocarlos y explorarlos con sus propias manos, y así el dibujo que les dedica es fundamentalmente descriptivo, casi como un estudio fisionómico, centrándose sobre todo en sus cabezas, que plasma desde todos los ángulos posibles. Dibuja de manera completa un único ratón, en el que despliega un cuidado trabajo de entonado, que configura todo su volumen corporal.

No fueron los ratones sus únicos compañeros en su prolongado aislamiento. A ellos se acabó uniendo Rafael Pinilla, un primo segundo del propio Fisac que vivían en la casa de enfrente. Éste, perseguido por las fuerzas del bando contrario, y viéndose perdido en un momento crítico, recibió la ayuda de Fisac y se internó con él en el agujero, permaneciendo a su lado hasta que dieran por terminado el enclaustramiento.

De entre todos los dibujos que realiza en el bajo-cubierta, una de sus temáticas preferidas, junto a la de las manos, eran los apuntes de ropajes. Eran éstos una suerte de apuntes del natural, que le retrotraían a las horas de academia, ante una impasible modelo, cuyas funciones, en su penosa situación, eran suplidas por una manta que colgaba de alguna de las cerchas de madera. Así, Fisac se interesaba en dibujar y describir con especial dedicación los pliegues del inerte textil, que le suponían un nuevo reto al haber trabajado mucho más sobre el desnudo que sobre el vestido. El trazo de los pliegues del apunte que, sobre el tema, realiza en febrero de 1937 (fig. 04), es suelto, abstracto y poligonal. La definición de los pliegues se realiza mediante unas líneas gruesas y rotundas; las superficies que delimitan se trabajan mediante un entonado de líneas, suelto y rápido, de ágil ejecución, y que despliega toda una gama de tonos con el fin de describir la constitución del volumen de la pieza bañada por la luz.

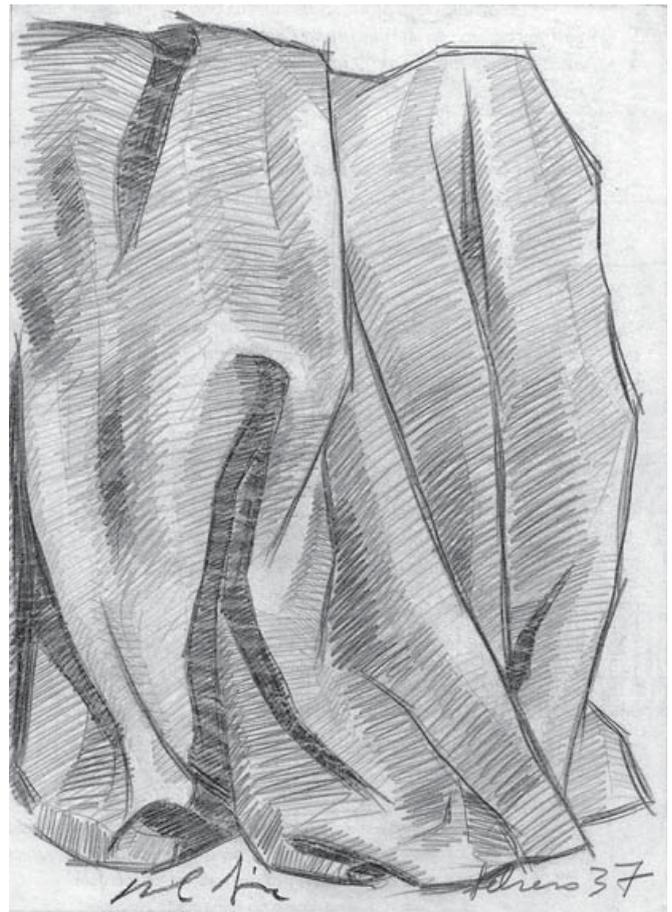


Figura 04. Miguel Fisac. *Estudio de ropaje*, 1937.

No estuvo el encierro de Fisac exento de peligro. Un determinado día recibió el aviso, por boca de su hermana Lola, de que, aun oculto en el desván, corría un gran peligro. De inmediato, se percató de que algunos desconocidos se paseaban por el tejado, y que entre ellos establecían una pequeña conversación. Hasta las propias tejas se movían bajo la presión que ejercían las suelas de las alpargatas de los incómodos visitantes. En ese momento, y como medida de precaución, Fisac apagó la vela y se colocó, como pudo, mirando hacia el lugar de donde venía el ruido. Todo sucedió rápido; tan pronto percibió cómo se rompían los cañizos, apareció una luz de una linterna muy potente, a la que se sucedió una mano que se descolgó para forcejear con unos alambres. Tras otro breve coloquio, el ruido cesó y los pasos se alejaron. Al parecer, buscaban antenas de radio.

Cada quince días, el tiempo de descanso del personal de servicio doméstico, le brindaba valiosas horas de libertad. Era el momento en el que Lola, su hermana, podía subirle la comida y la bebida gracias a un provisional artilugio, así como retirarle sus desechos. Había, incluso, ocasiones en las que Fisac ba-

jaba a la vivienda, mediante una escalera de trovador atada a las vigas del tejado, para poder asearse y estirar su entumecido cuerpo, puesto que en aquel reducido espacio no podía permanecer erguido.

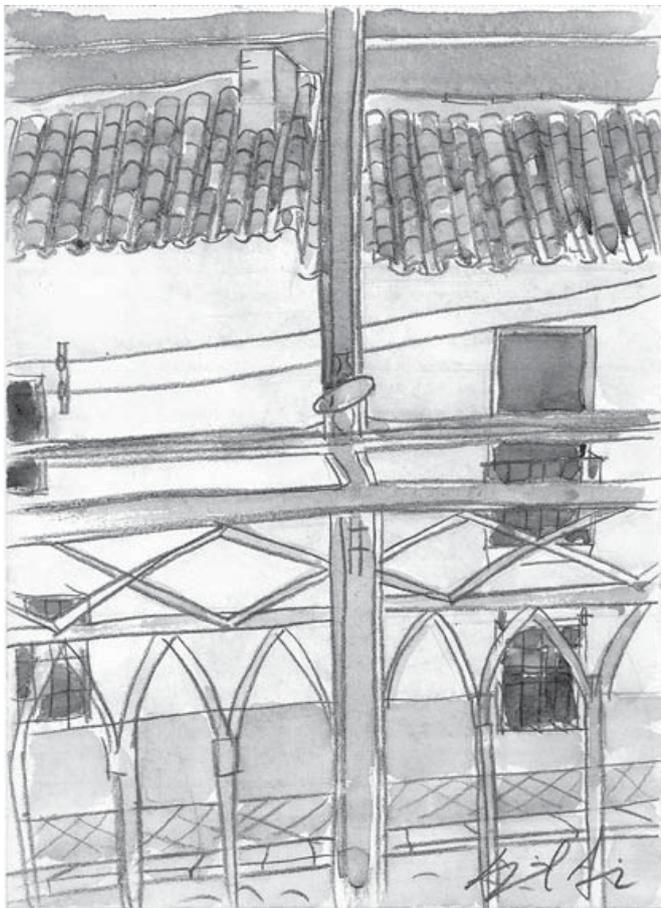


Figura 05. Miguel Fisac. *Vista desde un mirador de mi casa de Daimiel*, 1937.

En el verano de 1937, próximo ya el fin de su reclusión, y en una de estas quincenales bajadas del escondite, realizó un apunte rápido de la visión hacia la calle desde el gabinete de su casa (fig. 05), poniendo especial cuidado en no ser visto. Utilizando la técnica de la acuarela, que tanto le gustaba dada su especial predilección por el color, refleja en un primer plano la carpintería metálica del propio gabinete, y la visión que, a través de la misma, tenía de la casa de enfrente. Ésta responde al prototipo tradicional de las casas de la Mancha, con fachada en calada, persianas de madera pintada y rejeras simples tanto en las ventanas de los pisos bajos como en las balconadas. Los cables del tendido público atraviesan la escena de lado a lado, y se fijan a la fachada de la casa en la parte izquierda del dibujo.

Dibujos de un fugitivo de guerra

El 28 de octubre de 1937 llegaría para Fisac el ansiado final de este clandestino encierro. Lola, su hermana, le avisaba de que un joven de su edad, que decía llamarse Juan Jiménez Vargas, preguntaba por él. El desconfiado Fisac indicó a su hermana que le hiciera pasar al gabinete y cerrase la puerta; entonces, él bajó de su escondite para mirar por el ojo de la cerradura a fin de comprobar la verdadera identidad del visitante. Lleno de alegría, abrió la puerta, y se fundió con él en un gran abrazo. Juan Jiménez, por entonces estudiante de medicina en Madrid, le dijo que venía a llevárselo a Barcelona para intentar pasar a Francia a través de los Pirineos. Huir a través de los montes de Lérida era una empresa arriesgada (los soldados y milicianos recorrían las montañas para apresar fugitivos) y costosa, pues se ponían en manos de antiguos contrabandistas que, por dinero, hacían de guías intentando pasar a pequeños grupos de personas. De ahí que Miguel solicitase a su padre todo el dinero que pudiera para él y para el grupo de amigos que estaban formando para la travesía, ofreciéndoles éste todo lo que disponía en pesetas de las “buenas” (es decir, las acuñadas por el Banco de España antes de la guerra). El día 29, dejando atrás a su primo Rafael Pinilla, que no quiso acompañarles, se dirigieron a la estación para coger un tren por la parte de atrás, con el fin de meterse en el retrete y encerrarse hasta llegar a Valencia. Allí, Miguel se encontró con Pedro Casciaro y Francisco Botella, compañeros de estudios de Arquitectura en Madrid. Los cuatro llegaron a Barcelona la noche del 1 de noviembre.

La salvación le había venido a Fisac de la mano del Opus Dei, incipiente institución religiosa de la que Miguel era uno de los primeros miembros. Desde julio de 1936, su fundador, el sacerdote José María Escrivá, se encontraba escondido en Madrid por la fuerte persecución religiosa desatada en la zona republicana, por lo que algunos de sus primeros colaboradores, entre ellos José María Albareda y Jiménez Vargas, le instaron a intentar huir a Francia, para llegar a la denominada zona nacional. Argumentaban cómo desde allí podría actuar libremente y volver a establecer contacto con los estudiantes que luchaban en los dos frentes, entre los que se encontraban varios alumnos de arquitectura y seguidores suyos, como Alejandro de la Sota, Asís Cabrero, Fernández Vallespín —ya ti-

tulado—, Javier Lahuerta, Emiliano Amann, José Chapa, y varios más.

En Barcelona se reúne el pequeño grupo de refugiados, formado por José María Escrivá, Jiménez Vargas, José María Albareda, Tomás Alvira, Manuel Sainz de los Terreros, y los tres estudiantes de arquitectura, Fisac, Botella y Casciaro. Allí tuvieron que esperar hasta el 19 de noviembre, primero para contactar con los enlaces con los guías del Pirineo, y luego debido a las inclemencias meteorológicas, que hacían difícil la travesía. El viaje, descrito en detalle por Albareda y Casciaro, fue toda una aventura que más de una vez pudo acabar en tragedia. Entre el 22 y el 27 de noviembre de 1937 tuvieron que ocultarse, emboscados, malviviendo en un chozo semienterrado, hecho de troncos y con una techumbre de ramas de pino, que acondicionaron como pudieron. Con el fin de ocupar las interminables horas y no perder los nervios, los refugiados confeccionaron un horario para tener el día ocupado en pequeñas tareas o encargos, alternándolos con disertaciones que organizaba Albareda sobre temas de la especialidad científica de cada uno. Por su parte, los estudiantes de arquitectura se dedicaron a hacer dibujos para ilustrar un diario que llevaban de esas jornadas. Miguel seguiría, pues, dibujando, como hizo durante su reclusión en Damiel. Por fin, tras cinco interminables noches de marchas llegarían a Andorra el día 2 de diciembre de 1937, y a Fuenterrabía el día 11, donde el grupo se dispersaría.

El 3 de diciembre de 1997, Miguel Fisac es homenajeado en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valladolid, en la que se le dedica un aula. Previamente, y en una larga conversación con el entonces director de la Escuela, Carlos Montes Serrano, le comenta la existencia de la serie de dibujos realizados por él mismo en la travesía por los montes de Rialp, que se conservaban en Roma, de los que había vuelto a ver dos entre las ilustraciones de unos libros recientes sobre el fundador de la Obra. En dichos libros se mencionaba que habían sido realizados por los alumnos de arquitectura, atribuyéndolos concretamente a Pedro Casciaro. Se trataba de apuntes a lápiz tomando como motivos a Escrivá y Botella, pero también recordaba haber realizado los de Albareda, Jiménez Vargas y algún otro.

Fisac creía importante dar a conocer este detalle, pues para él aquellas jornadas a través del Pirineo y las vivencias con Escrivá cobraron especial importan-

cia con el paso de los años. Como prueba de su autoría señalaba el tipo de trazo y su propia letra que aparecía en ellos, e incitaba al profesor Montes a compararlos con otros dibujos suyos de la época. Sin embargo, hasta la publicación en 2007 del libro *Miguel Fisac: apuntes y viajes*, no se hizo nada al respecto, por lo que varias publicaciones sobre José María Escrivá, aparecidas en los últimos quince años, han seguido atribuyendo a Casciaro los mencionados dibujos.

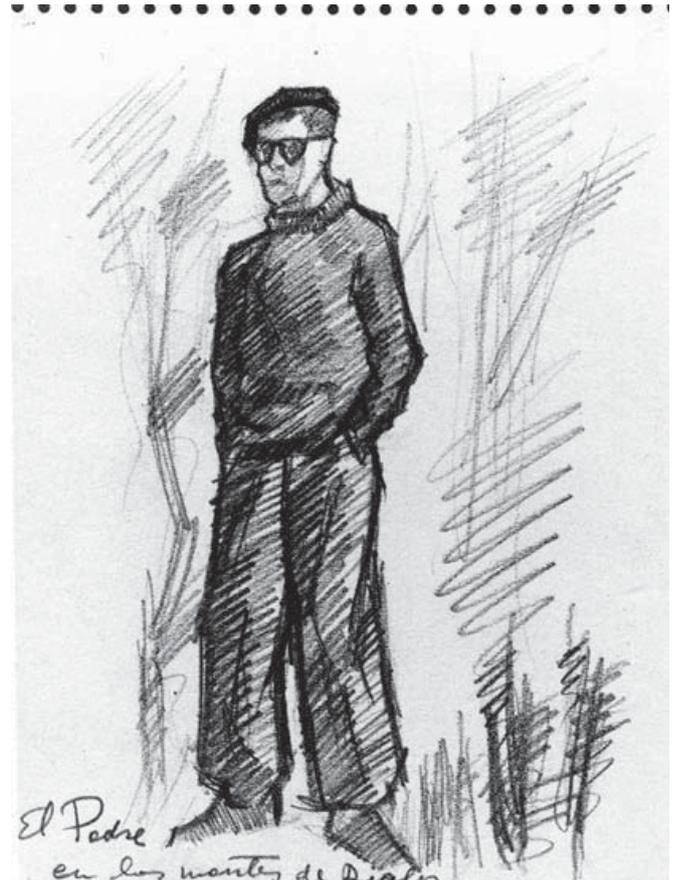


Figura 06. Miguel Fisac. *El Padre en los montes de Rialp*, 1937.

El primero de ellos (fig. 06) representa a José María Escrivá, y podríamos asegurar con casi total seguridad que es de Fisac, por varios motivos: el primero, la tipografía de la letra, que coincide con la de las anotaciones del resto de dibujos analizados en este artículo; por otro lado, el tratamiento del fondo, mediante ese entonado suave a base de trazos nerviosos y desenfadados; finalmente, la forma geométrica y angulosa que presenta la definición de los contornos, así como el entonado rayado tan característico de Fisac.

El segundo dibujo (fig. 07) representa a Francisco Botella, quien, al acabar la guerra, al igual que Casciaro, dejaría la carrera de arquitectura para acabar

Ciencias Exactas, y en el caso de Botella llegar a ser Catedrático en la Universidad Complutense. Las semejanzas con el anterior dibujo son claras y evidentes: el tipo de trazo en la definición del contorno, el entonado a base de líneas superpuestas, el tratamiento del fondo que tanto recuerda a los pliegues dibujados por Fisac en el desván..., todo ello confirma que también corresponde a Fisac. Lo mismo se podría decir del apunte tomado a José María Albareda, en cuclillas y examinando un terreno rocoso (fig. 08).



Figura 07. Miguel Fisac. *Paco hace la aguada*, 1937.

Este equívoco tiene una explicación sencilla. Aunque el diario de viaje se confeccionaba con relatos y anécdotas de todos ellos, fue Pedro Casciaro quien se encargó de su redacción. Al ilustrarse con dibujos de los tres estudiantes de arquitectura, es probable que, pasados sesenta años, los que escribieron los mencionados libros atribuyesen los apuntes al propio Casciaro.

Para acabar, resulta de interés recoger aquí una foto de aquel peculiar viaje a través de los Pirineos. Está tomada el día 3 de diciembre en Andorra la Vella, a fin de poder recortar en otra copia las ocho fotos de identidad para sus nuevos documentos de evadi-

dos que les permitieran cruzar por Francia. Miguel, sentado en el suelo, nos observa fijamente con su escrutadora mirada (fig. 09). A su derecha, Juan Jiménez Vargas, con el tiempo catedrático de Fisiología y fundador de la Facultad de Medicina y de la Clínica de Navarra. A su izquierda, José María Albareda, más tarde fundador del Instituto de Edafología y secretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y que encargaría a Fisac, ya arquitecto, varios edificios del CSIC con los que iniciaría su brillante carrera profesional.



Figura 08. Miguel Fisac. *José Mª [Albareda] en la tierra de Pedro*, 1937.



Figura 09. En Andorra, 3 de diciembre de 1937: de pie, Tomás Alvira, Manuel Sainz de los Terreros, José María Escrivá, Pedro Casciaro; sentados, Juan Jiménez Vargas, Miguel Fisac y José María Albareda.

Referencias

- CÁNOVAS, Andrés (ed.). 1997. *Miguel Fisac, Medalla de Oro de la Arquitectura 1994*. Dirección General de la Vivienda, la Arquitectura y el Urbanismo, Ministerio de Fomento. Madrid.
- CASCIARO, Pedro. 1994. *Soñad y os quedaréis cortos*. Rialp. Madrid. pp. 95-128.
- GUTIÉRREZ RÍOS, Enrique. 1970. *José María Albareda: una época de la cultura española*. Consejo Superior de Investigaciones científicas. Madrid. pp. 114-134.
- DE RODA LAMSFUS, Paloma. 2007. *Miguel Fisac: apuntes y viajes*. Scriptum. Madrid.
- VILLALOBOS, Daniel (coord.). 2008. *La mirada de Fisac: catálogo de la exposición*. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valladolid. Valladolid.

Víctor Lafuente Sánchez. Arquitecto (2008) y Doctor Arquitecto (2013) por la ETSA de la Universidad de Valladolid. Licenciado en Historia y Ciencias de la Música por la Universidad de La Rioja (2011). Profesor colaborador del Departamento de Urbanismo y Representación de la Arquitectura de la ETSA de Valladolid. valszb@hotmail.com.